

**REVISTA CIDOB D'AFERS
INTERNACIONALS 88.**

**COMUNICACIÓN, ESPACIO PÚBLICO
Y DINÁMICAS INTERCULTURALES**

PRÁCTICAS CULTURALES Y
MODALIDADES DE COMUNICACIÓN.
Construcción de un mundo común y
de las condiciones de convivencia.

Jean Caune

Prácticas culturales y modalidades de comunicación

Construcción de un mundo común y de las condiciones de convivencia

Jean Caune

Profesor emérito. Grupo de investigación sobre las apuestas de la comunicación (GRESEC),
Universidad Stendhal Grenoble III, Francia
jean.caune@wanadoo.fr

RESUMEN

A pesar de que la industrialización de la cultura y el desarrollo de las comunicaciones de masa han contribuido a desplazar las fronteras, a intercambiar los actores y a confundir las funciones, la conexión entre los conceptos de cultura y comunicación no pertenece únicamente al orden de las circunstancias históricas o técnicas. En este sentido, el presente estudio pretende abrir una dimensión teórica para poner de manifiesto que las cuestiones de prácticas y de modalidades de comunicación tienen una dimensión política en el sentido amplio del término. Estructurado en dos partes, el texto aborda en la primera los temas y las problemáticas de la interculturalidad desde el punto de vista de la aparición de este concepto en la realidad social y cultural de finales del siglo XX; en la segunda, intenta circunscribir el espacio teórico y político, que permite vincular fenómenos culturales y procesos de comunicación, en la evolución de la sociedad francesa de los últimos 30 años.

Palabras clave: Mediación cultural, acción cultural, poder político, colectividad, interculturalidad

TEMÁTICAS Y PROBLEMÁTICAS DE LA INTERCULTURALIDAD

Sintomática del uso de un concepto

¿Por qué este uso, cada vez más generalizado pero también más trivializado, del término interculturalidad? Los intercambios culturales entre las comunidades y los pueblos, las relaciones diplomáticas culturales, la acogida e integración de los trabajadores emigrados, las coproducciones artísticas, las alianzas políticas, etc., en todos los casos, se trata de fenómenos de intercambios, de relaciones, de transacciones que se describen actualmente recurriendo al concepto de interculturalidad. Cabe preguntarse si la propagación de este uso terminológico denota la voluntad de preservar las identidades culturales de los actores o de las poblaciones sujetas a la movilidad y, al mismo tiempo, crea, de agrado o a la fuerza, las condiciones del diálogo en el seno de las sociedades que los acogen. ¿Se trataría entonces, con este prefijo “inter”, de mantener la cultura propia en los fenómenos de globalización y de banalización que desplazan a las poblaciones con más rapidez que en el pasado, o que hacen que las fronteras sean móviles? ¿Se trata de anteponer el encuentro y el diálogo, en detrimento de las relaciones de dominación o de las relaciones institucionales?

Evidentemente, no hay que buscar la respuesta a estos interrogantes en el código lingüístico, ni en un enfoque agudo de las distinciones semánticas entre *inter*, *multi*, *pluri*, *trans*, etc. Habría que resumir la historia, en estos cincuenta últimos años, de la aparición de las temáticas de la cultura y de los intercambios culturales en el ámbito del discurso social, político y económico. No cabe duda de que así podríamos identificar en los discursos su marco institucional, su contexto sociopolítico, los enunciadores que los desarrollan en el espacio público, así como los diferentes matices o puntos de vista que aparecen. Otra forma complementaria consistiría en señalar las problemáticas subyacentes a este uso del término intercultural y las referencias teóricas o políticas que abarca. Problemáticas y referencias que están presentes, evidentemente, en otros discursos además de en los de la interculturalidad, pero con ponderaciones, combinaciones, acentos tal vez diferentes. En cualquier caso, ciertamente, esta declinación en torno a lo cultural (*inter*, *multi*, *trans*) remite a las oposiciones de la identidad y de la diferencia, de la acogida y del rechazo; del encuentro y de la separación, del diálogo y de la estigmatización... ¿Acaso no da cuenta esta declinación de una realidad en la que la Historia se inscribe en el registro de los conflictos entre identidades culturales que engloban valores, mitos, lenguas?

Problemáticas y temáticas

El uso del término intercultural se desarrolla en la imbricación de tres problemáticas:

- La de la desigualdad social, acentuada por las diferencias culturales, tal y como se presenta en los países industrializados y postindustrializados en el marco de las reorganizaciones de los mercados, de los imperios, de las alianzas económicas.
- La de la diferencia cultural, que integra, o no, diferencias religiosas e implica por tanto valores, sensibilidades, percepciones, comportamientos diferentes.
- La de la autonomía de la persona en el reconocimiento y la construcción de sí misma en situaciones frágiles debido al exilio, la emigración económica, los desplazamientos forzados, etc.

Cuando esta imbricación da lugar a construcciones colectivas provocadas por fenómenos masivos, e impuestos, de migración, de desplazamiento de poblaciones, se convierte también en un problema para la sociedad que es, a la vez, receptora y el medio de propagación. Además, este problema, calificado entonces como de interculturalidad, afecta a las poblaciones víctimas de la dominación, de las desigualdades reales o simbólicas –lo que no las hace menos reales–, así como a su estigmatización y/o desconocimiento. Esta problemática se manifiesta en numerosos ámbitos: la educación, la vida cotidiana, el ocio –entendido como tiempo de construcción de uno mismo–, la representación política, las formas de expresión colectiva y sus espacios de enunciación, etc. Desventaja cultural, déficit de lenguaje, pérdida de referencias, constituyen todos ellos síntomas y formulaciones negativas, que no denotan una carencia, sino un olvido o una negación de una situación o de una experiencia vivida por poblaciones que han abandonado su lugar histórico de origen para encontrarse en un lugar que no ha sabido o no ha podido acogerlas.

La interculturalidad, como temática, se manifiesta a la sazón en un contexto de ausencia de relaciones y en la inadecuación entre situaciones vividas y normas sociales y culturales que no reconocen la identidad histórica y evolutiva de las personas sujetas a esta disolución de los vínculos identitarios. La interculturalidad no concierne únicamente a las diferencias culturales, tal y como existen y como están institucionalizadas en un mundo normativo, lejano, abstracto. La interculturalidad cubre “una modalidad social de experiencias que se viven aquí y ahora”. Uno de los errores que conviene evitar es convertir la interculturalidad, como temática, en un emplazamiento a mantenerse en identidades estáticas y a reducir las diferencias y las desigualdades a una diferencia de esencia cultural. La interculturalidad es un proceso, un *continuum* de experiencias en las que pueden constituirse nuevas identidades que tienen en cuenta la historia personal, las condiciones

de vida, el diálogo, etc. El objeto de la interculturalidad es la producción socioidentitaria innovadora, y no la reproducción de entidades imaginarias estables o el retorno fantaseado a un origen. La temática de la interculturalidad se sitúa entre la abstracción y la imposición de un universalismo abstracto y “el narcisismo de las pequeñas diferencias” del que habla Freud; asimismo, en su afirmación, da cuenta de la exigencia de reconocimiento de la que habla Charles Taylor.

PRÁCTICAS CULTURALES Y MODALIDADES DE COMUNICACIÓN

Los lugares teóricos de los discursos eruditos sobre la interculturalidad

En Francia, las relaciones entre los conceptos polisémicos de cultura y comunicación se configuran en el ámbito de las ciencias de la información y de la comunicación, en torno a discursos que abordan objetos como: los medios de comunicación, las prácticas y las políticas culturales, las obras artísticas, las políticas de comunicación, etc. Existen al menos dos grandes perspectivas, dos “formaciones discursivas”, en el sentido en que las entendía Foucault, donde se cruzan, se imbrican, se hibridan los discursos eruditos sobre la cultura y la comunicación¹.

El pensamiento antropológico y filosófico contemporáneo, que reflexiona sobre la experiencia vivida en la relación del sujeto de palabra con el mundo social, esboza una primera perspectiva. Estos discursos se esfuerzan por identificar aquello que, en el ámbito de la cultura entendida en sentido amplio, concierne a los intercambios simbólicos. Una segunda perspectiva, más empírica, se dibuja en los discursos que toman directamente como objetos de conocimiento los fenómenos culturales desde el punto de vista de los soportes, los actores, los efectos en los receptores, las conformaciones, etc. Con afán de señalar brevemente lo que las ciencias de la información y de la comunicación han podido aportar a esta segunda perspectiva, a continuación definiremos las posibles conexiones entre los conceptos de cultura y de comunicación. Asimismo, intentaremos despejar el núcleo de conocimiento y la estructura formal presentes en los discursos del primer tipo, a propósito de la cultura y de la comunicación.

Las prácticas culturales desde el punto de vista de la comunicación

Los procesos de innovación, la industrialización de la cultura, la valorización del patrimonio, he aquí tres ámbitos de prácticas que, sin duda alguna, antes de ser temáticas de los discursos sobre nuestra sociedad han sido objetos concretos, elementos de su transformación. Las ciencias de la información y de la comunicación en Francia han aportado una mirada esclarecedora y específica sobre estos ámbitos.

Innovación técnica y experimentación social

La experimentación de las nuevas tecnologías o, más concretamente, su difusión, ha sido abordada a través de dos vías: la *oferta*, que se preocupa de los medios para asegurar la penetración de las nuevas tecnologías; y la *demand*a, que contrariamente se basa en necesidades hipotéticas de los individuos y reflexiona sobre la capacidad de las tecnologías para responder a ellas. En este sentido, la contribución de las ciencias de la información y de la comunicación ha consistido en poner en evidencia que el modelo de la determinación causal, según el cual las transformaciones de la organización de la empresa dependen de las innovaciones técnicas, tanto en el ámbito de la producción como en el de la administración, no es operativo. Lo que puede caracterizar el enfoque en las ciencias de la información y de la comunicación puede definirse en dos puntos:

1. La innovación es producto del encuentro entre una técnica, una organización y el contexto cultural en el que se desarrolla;
2. La técnica incluye relaciones sociales, y la organización se crea por medio de técnicas, ya sean éstas materiales o relacionales.

Industrias culturales

Las innovaciones técnicas, en materia de producción y de difusión de las imágenes y de los sonidos, han contribuido a la aparición y al desarrollo de la “época de la reproducibilidad técnica”, de la que Walter Benjamin ha sido uno de los analistas más agudos. Su mérito es haber hecho hincapié en la recepción por parte del espectador (Benjamin, 1939). Esta época dio lugar a las industrias culturales, que se constituyeron en su principal fuente de valor y de beneficios. Los primeros trabajos franceses sobre las industrias culturales consiguieron apartarse de la visión elitista de Theodor Adorno y de Max Horkheimer, y recriminaron a la industria cultural que pervirtiera la creación artística y alienara a los consumidores. Las ciencias de la información y de la comunicación han ocupado un lugar particular en el análisis del sector de las industrias culturales, y su contribución habrá consistido en aprehender estas industrias con los métodos de la sociología y de la economía, situándolas dentro de las lógicas propias de la comunicación (recepción de los mensajes, distinción de los soportes técnicos, efectos de sentido, etc.).

De la conservación del patrimonio a su exposición

Las dos modalidades de presentación museística de las obras del pasado pueden constituir un ejemplo significativo de esta imbricación/distinción entre cultura e información. Jean-Louis Déotte (1993) distingue los “museos miméticos”, que presentan las obras del pasado en su identidad cultural a partir de una reconstrucción del entorno vivo de antaño, y los “museos didácticos”, que destacan estos objetos del pasado en su dimensión de información, por medio de una meditación que los abstrae de las condiciones contextuales. El proceso de comprensión de la exposición como medio sólo es posible si se examina la articulación entre el dispositivo técnico desplegado en un espacio, por una parte, y las condiciones que rigen su concepción y su realización, por otra. Este enfoque, que conjuga objeto cultural y objetivo comunicacional, obliga a cuestionar las formas de relaciones que caracterizan la exposición, con independencia de su contenido y de su escenificación.

Estos tres sectores: experimentación social, producción cultural y musealización del patrimonio, por el hecho de combinar temáticas culturales y modos de comunicación, en nuestra opinión constituyen espacios donde la interculturalidad puede ponerse en práctica.

Conexiones entre cultura y comunicación

La conexión entre los dos conceptos de cultura y comunicación no pertenece al orden de las circunstancias históricas o técnicas, incluso si la industrialización de la cultura y el desarrollo de las comunicaciones de masa han contribuido a desplazar las fronteras, a intercambiar los actores o a confundir las funciones. Las aproximaciones y las conexiones se sitúan en dos planos:

- Los hechos culturales, al igual que los modos de comunicación, plantean la cuestión de las relaciones entre individuo y sociedad. Si bien la cultura es un hecho social, sólo existe cultura manifestada, transmitida y vivida por el individuo. Si bien los soportes de comunicación son propios de una sociedad, las relaciones de comunicación implican a los individuos, por medio de las relaciones interpersonales y a través de los fenómenos de recepción de los medios de comunicación.
- El segundo plano está en relación con los papeles respectivos desempeñados por estos fenómenos en la construcción de la realidad social y del mundo vivido. La convergencia de las tecnologías de la información y de la comunicación tiene un efecto en los procesos de producción y de difusión del saber, en los modos de pensamiento, en el ocio y, de manera más general, en los comportamientos y en las identidades culturales.

Una parte importante de la comunicación institucional ignora el contexto de recepción y el *horizonte de expectativas* de aquéllos a quienes se dirige². El *horizonte de expectativas* es un concepto construido por la consideración de la experiencia temporal de la vivencia de la persona, como modo de atención; es transubjetivo, común al autor y al receptor; depende de la experiencia del presente de los géneros estéticos considerados y de las normas estéticas; está conformado por la oposición entre ficción y realidad, mundo imaginario y realidad cotidiana; y, por definición, configura el lugar de paso entre la tradición y su transmisión. Para comprender mejor las relaciones entre los conceptos de cultura y comunicación, cabe considerar las dos concepciones alternativas de la comunicación, especialmente vivas en la cultura americana en el siglo XIX. Estas dos concepciones se derivan de un origen religioso: un punto de vista de la transmisión y un punto de vista “ritual” (Carey, 1989).

- El primer punto de vista concibe la comunicación como el proceso de transmisión y difusión de mensajes con vistas a controlar el espacio y su población.
- El punto de vista “ritual” remite, evidentemente, a una dimensión etimológica del término de comunicación, que pone en evidencia la idea de compartir, de comunión. Este punto de vista, que podríamos calificar como “cultural”, pretende organizar el proceso de compartir la creencia en el tiempo, y no en el espacio. Contempla la comunicación como la construcción y el mantenimiento de un orden significativo en el plano cultural. Este enfoque antepone los procesos simbólicos que proyectan los ideales de la comunidad y los incorpora en formas materiales y artificiales: baile, teatro, ceremonias, relatos, etc. Este segundo punto de vista de la comunicación dista mucho de ser dominante en los estudios de los medios de comunicación.

Pensar la hibridación y el mestizaje de las formas simbólicas

¿Cómo se manifiestan estas aproximaciones en las prácticas culturales y en los procesos de comunicación? Para contestar a esta pregunta, es necesario reflexionar, por una parte, sobre lo que permite pensar la comunicación y, por otra, examinar cómo se concreta en formas simbólicas contemporáneas en las que se cruzan y se conjugan las formas culturales. En nuestra opinión, el núcleo epistémico de la comunicación –lo que permite captar su sentido– estaría constituido por el pensamiento de la relación, del enunciado y de la dialéctica código/mensaje o, retomando la formulación sugerida por Claude Lévi-Strauss, de la estructura/acontecimiento (1962). A estos conceptos estructurales, hay que sumar los de similitud y contigüidad (metáfora y metonimia) que encontramos tanto en los ritos miméticos, como en el lenguaje y la poética, o en las estructuras del inconsciente (Caune, 1997).

En cambio, se ha trabajado poco en la determinación de una forma simbólica susceptible de caracterizar la modernidad producida por la convergencia de las técnicas de información y de comunicación. Recordemos que Cassirer (1923) había reconocido la configuración y la articulación de las formas simbólicas en lo que denominaba “la función general de simbolización”, y contemplaba hacer extensiva esta última a todas las actividades del espíritu y, en particular, a las que se concretan en las producciones del arte. La forma simbólica organiza la percepción que el ser humano tiene del mundo que lo rodea y de su experiencia: es, asimismo, una forma del conocimiento de su vivencia. Vamos a sugerir una hipótesis.

La convergencia de las técnicas ha introducido en los procesos de comunicación y en las manifestaciones culturales un fenómeno nuevo que las artes plásticas y el cine habían experimentado en los años veinte, el de una forma simbólica que aplica lenguajes expresivos diferentes. Ello podría ejemplificarse en el fenómeno del collage, tal y como se ha desarrollado en el proceso de creación artística moderna. En primer lugar, en las artes plásticas, posteriormente en el “mestizaje” entre las técnicas de montaje audiovisual, por una parte, y la multisensorialidad presente en la escritura multimedia, por otra. Por último, en la evolución de las artes del *performance*: baile, teatro, instalación con carácter de evento, etc., que mezclan palabras, sonidos, canto, gestos, movimiento e imágenes en un mismo espacio de representación para producir formas híbridas que no se rigen por las distinciones convencionales entre el teatro, como representación en acción de un texto, el baile, como arte del movimiento en el espacio, y el *happening*, como intervención y *performance* (Caune, 2006).

Entendido como modalidad particular de la representación, el collage puede considerarse, más allá de su dimensión técnica, como una matriz que genera una visión particular de una sociedad en la que se recuperan fenómenos de cultura y de comunicación, y que es necesario reconocer en formas contemporáneas presentes en los medios de comunicación, las exposiciones, los espectáculos en vivo y determinadas modalidades de mestizaje de prácticas culturales.

APERTURA: LA MEDIACIÓN CULTURAL

Esta convergencia de los puntos de vista culturales y comunicacionales se ha desarrollado en Francia, a partir de los años noventa, en torno a las temáticas de la mediación cultural, con independencia de que se manifiesten en el ámbito sociocultural, de las instituciones o de los trabajos universitarios.

La mediación cultural en una sociedad en crisis

La primera observación consiste en afirmar que el proceso de mediación es consustancial a las relaciones entre el ser humano y su entorno social. La forma simbólica, el fenómeno significante, se encuentra en el corazón de la identidad humana. Las palabras, las expresiones, las prácticas simbólicas son mediaciones culturales, lo que equivale a decir que la mediación cultural, la que se apoya en las formas simbólicas, es una característica del ser humano, en su relación con el otro. Las mediaciones culturales dependen, evidentemente, de la naturaleza del arte, de sus condiciones de difusión, de la importancia que la sociedad otorga a la sensibilidad estética y, de manera más general, de las expectativas respecto a la obra de arte (normas, hábitos del público, relación entre lo real y lo imaginario, etc.).

La segunda observación se refiere a la necesidad de inscribir esta temática en el tiempo de la historia de las políticas culturales que se han sucedido a lo largo de los últimos 40 años en Francia (acción cultural, democratización cultural, desarrollo cultural, creación artística). Estas políticas se planteaban como objetivo lo siguiente:

- Acompañar las transformaciones sociales en un período de industrialización y de urbanización (los años sesenta);
- Fijar polos de identificación para una Francia implicada en la descolonización (independencia de Argelia);
- Prolongar la democratización de los conocimientos realizada por la escuela mediante la democratización del acceso a las obras.

Por último, la comprensión del porvenir de la mediación cultural, su configuración, debe abordarse, al igual que el concepto de cultura, en función de un espectro que va desde una acepción amplia de la cultura, la acepción antropológica, hasta la acepción restringida de la cultura, la cultura reducida a las formas artísticas y literarias. A partir de estas tres observaciones, se puede problematizar la cuestión, y someterla a un encuadre político y social que es el de la sociedad francesa al inicio de este tercer milenio, confrontada a una triple crisis: política, social y cultural, y al fenómeno de mediatización tecnológica, vinculado a la informatización de la sociedad. Este porvenir, por construir, depende de la capacidad de los actores sociales de adueñarse de los lenguajes artísticos y de las técnicas de comunicación (relaciones interpersonales) para tejer nuevos lazos en una sociedad entregada a:

- La individualización de las prácticas, lo que significa también, y al mismo tiempo, autonomía de la persona y riesgo de atomización de los individuos en un entredós difuso (espacio privado/espacio público).

- Una pérdida de referentes trascendentales que unen pasado y futuro; en el margen entre el inicio y el fin de la acción, en la tensión entre el antes y el después, en el vacío de las cosas que ya no son y de las que todavía no son, en la separación entre uno mismo y el mundo.
- La informatización de la sociedad que puede conducir a una tecnificación de lo social donde todos los problemas deben encontrar una solución técnica, excluyéndose así lo indeterminado, el azar.

La mediación cultural: una condición de la convivencia

La mediación plantea la cuestión de las relaciones entre los miembros de una colectividad y el mundo social que construyen. Como tema de sociedad, se desarrolla en el espacio público durante los años noventa, a la vez que surge la temática del fin de las ideologías y en un momento en el que los conceptos de proyecto y de acción colectiva parecen obsoletos. La mediación se presenta en los discursos como el medio susceptible de reparar la fractura social. Asume tres funciones:

- Luchar contra el debilitamiento del vínculo social;
- Reestructurar el sentimiento de pertenencia a la colectividad;
- Favorecer el nacimiento de nuevas normas –ya sean culturales o más ampliamente sociales e incluso económicas– ahí donde las antiguas han perdido su legitimidad.

En una sociedad que reflexiona sobre sí misma, la mediación se presenta como una apertura hacia el sentido concebido a la vez como una relación social construida con la participación de los actores y como un significado compartido. En el ámbito de la cultura, el concepto de mediación ha sustituido a la apología indiferenciada de la creación artística, así como a la sacralización del arte y del creador. Sin embargo, sería muy esquemático explicar la mediación cultural como un efecto de moda que especifica el concepto en el campo de la cultura. Centrarse en el fenómeno de mediación equivale a:

- Hacer hincapié en la relación, en lugar de en el objeto;
- Reflexionar sobre el enunciado, en lugar de sobre el contenido del enunciado;
- Anteponer la recepción a la difusión.

La mediación cultural: un puente entre prácticas sociales fragmentadas

Trabajo, acción política, creación artística son objeto de un triple desencanto. Estos tres ámbitos, constitutivos de la condición del ser humano moderno, según

Hannah Arendt, permiten concretar la pertenencia del individuo a la colectividad en el tiempo y en el espacio de la urbe. La constatación de los cambios de valor del trabajo, de la acción política y de la obra de arte resulta banal, pero no por ello deja de ser menos real. Claro está, estos tres ámbitos de prácticas sociales no han agotado sus funciones respectivas, pero los caracteres que las distinguían de otras prácticas sociales, como el compromiso social, el ocio, la educación, el entretenimiento, etc., ya no tienen un valor discriminante. Las fronteras, zonas de contacto e interfaces de estas actividades se están desplazando. La diferenciación de los ámbitos, al igual que la división de los tiempos sociales que se dedica a éstos, ha dejado de ser operativa. Dicho de otro modo, la mediación cultural no es un proceso encerrado en la institución cultural.

La acción de los poderes públicos, al igual que los discursos sobre las prácticas de la acción cultural, se ha desarrollado a partir de las distinciones entre estos tres ámbitos, consistiendo la función de la cultura en construir mediaciones entre el individuo y el grupo, sobre la base de esta separación de actividades. La acción de los poderes públicos debe ser objeto de una nueva evaluación en función de las prácticas culturales y de su legitimidad. En efecto, ya no resulta posible reproducir exactamente las expectativas, los discursos y los objetivos relativos a la cultura y al arte como si nada hubiera cambiado en la aprehensión de los sectores que dan sentido a estas prácticas. La mediación cultural pasa, en primer lugar, por la relación del sujeto con el próximo, por medio de una “palabra” que lo compromete, porque se hace sensible en un mundo de referencias compartidas. Su búsqueda no puede identificarse con la búsqueda de un sentido predeterminado: corresponde al orden de una construcción modesta y exigente de las condiciones del “vivir-juntos”. Las relaciones interpersonales –las relaciones cortas– constituyen el lugar de la afirmación de uno mismo en una relación con el otro; como escribió Lévinas: “las relaciones largas nos hacen caminar juntos”. La mediación cultural se sitúa en el guión de la expresión “vivir-juntos”.

Notas

1. Por “formación discursiva” Michel Foucault entendía el caso de enunciados dispersos en los que era posible detectar una determinada regularidad entre “objetos de discurso, condiciones de enunciado, conceptos y elecciones temáticas” (Foucault, 1969).
2. El *horizonte de expectativas* es un concepto de origen filosófico sugerido por Husserl y retomado por H. R. Jauss en *Estética de la recepción*.

Referencias bibliográficas

ARENDETT, Hannah. *La crise de la culture*. París : Gallimard, 1972.

BENJAMIN, Walter. « L'œuvre d'art à l'ère de sa reproductibilité technique ». *Essais*. No. 2 (1935-1940), París. Editado en castellano con el título "La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica". México: Editorial Itaca, 2003.

CAUNE, Jean. *La culture en action*. Grenoble: De Vilar à Lang, le sens perdu, PUG, 1999 (reedición).

– *Pour une éthique de la médiation*. Grenoble: De Vilar à Lang, le sens perdu, PUG, 1999.

– *La démocratisation culturelle, une médiation à bout de souffle*. Grenoble: De Vilar à Lang, le sens perdu, PUG, 2006.

Certeau, Michel de. *L'invention du quotidien*. París: Arts de faire, UGE, 1975.

DANTO, Arthur. *L'art contemporain et la clôture de l'histoire*. París : Seuil, 2000 (tr. del inglés). Editado en castellano con el título *Después del fin del arte: el arte contemporáneo y el linde de la historia*. Barcelona: Paidós Ibérica, 1999.

GREENBERG, Clement. *Art et culture*. París: Macula, 1988 (tr. del inglés americano). Editado en castellano con el título *Arte y cultura*. Barcelona: Gustavo Gili, 1979.

MORIN, Edgar. « De la culturanalyse à la politique culturelle ». *Communications*. No. 14 . *La politique culturelle (1969)*. Seuil. P. 5-38. Artículo publicado en *Sociologie*, (1984). París : Fayard.

URFALINO, Philippe. « L'invention de la politique culturelle ». *La documentation française* (1996). París.